

Roger Bartra. *El siglo de Oro de la melancolía. Textos españoles y novohispanos sobre las enfermedades del alma*. México, Universidad Iberoamericana, 1998, 463 pp.

Entre los desórdenes mentales conocidos desde la Antigüedad, quizá sea la melancolía la entidad nosológica que ha conservado una mayor continuidad hasta nuestros días, cuya “versión actual, la depresión, es una enfermedad que cada día cobra más víctimas y que nos acecha desde todos los rincones” (p. 13). ¿Quién no ha experimentado sentimientos de tristeza, angustia y temor ante un futuro sin duda alguna incierto? ¿Puede alguien asegurarnos que ese estado temporal de aflicción, en modo alguno patológico, no derivará hacia un cuadro de mayor intensidad y duración provocando que nuestro abatido espíritu sucumba frente al “abismo que se abre ante nuestros ojos” en este fin de siglo? (p. 11). Roger Bartra no puede ser más claro: no se piense que estamos ante un problema superado, ni por la historia de la medicina ni por nuestro presente; los paralelismos entre la melancolía y la depresión siguen siendo de una inquietante actualidad.

Quizá sea la vigencia de esta imagen durante más de dos mil años, la extraordinaria continuidad, no de las ideas en torno a la melancolía (explicación, terapéutica, pronóstico), sino de la imagen misma, el móvil que haya conducido al doctor Bartra a dejarse seducir por la historia cultural. En una obra anterior ya había dejado asentado que la melancolía “asombrosamente cruza los milenios desde el pensamiento aristotélico e hipocrático antiguo hasta el modernismo contemporáneo, atravesando el

143



cristianismo medieval, iluminando el espíritu renacentista y nublando la mirada de los románticos”.¹

Por este solo hecho, la edición de cinco textos sobre el “humor melancólico” -algunos de muy difícil acceso y uno prácticamente desconocido-, que fueron publicados por primera vez entre fines del siglo XVI y principios del XVII, es decir, durante el Siglo de Oro de la melancolía, está más que justificada. Un pequeño libro y cuatro fragmentos o capítulos de libros editados originalmente a ambos lados del océano -dos vieron la luz en España y tres en la capital de la Nueva España-, son además, la materia de un largo ensayo a cargo del doctor Roger Bartra donde tienen cabida la medicina hipocrática y galénica -recuperadas por el retorno a las fuentes grecolatinas-, en la complejidad de una sociedad caracterizada por el mestizaje étnico y cultural (judíos, musulmanes, conversos, cristianos viejos). No faltan tampoco el temido parentesco entre locura y religión en sus más variadas formas, desde la posesión satánica hasta el misticismo de los ascetas; o la política de un Imperio en decadencia que hizo de la melancolía la enfermedad de la corte, mientras la literatura y la filosofía analizaban los vínculos entre genio y locura.

144 Roger Bartra quiso demostrar con su ensayo (de casi 180 páginas) “el hecho de que la melancolía se ubica como uno de los ejes fundamentales de la cultura renacentista” porque irradió sus fulgores “hacia amplias esferas de la cultura y de la vida social” (p. 54). Bajo esta perspectiva, el autor nos brinda la recreación de una época a través de un concepto, cual prisma de muy diferentes aristas, que inundó los entramados de la cultura y que, precisamente por ello, escapó a los marcos de la medicina en los que una historia más tradicional la hubiera circunscrito. En este sentido, continúa Roger Bartra, el gran cambio que el Renacimiento como fenómeno cultural significó en muchas áreas del conocimiento puede advertirse en la melancolía, no tanto por el interés en la observación clínica, ni por una transformación en la explicación del síndrome, sino porque la melancolía, al formar parte fundamental “de una densa textura cultural y sentimental que se extendió durante el Renacimiento por Europa”, puede contribuir a “explicar las grandes transformaciones que vivió el Occidente en los albores de la modernidad” (p. 26).

¹ Véase Roger Bartra, *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, México, Grijalbo, 1996, p. 48.

Los textos editados dan pie también a dos estudios introductorios bajo la conducción de Germán Franco Toriz y Francisco Barrenechea (encargados de la transcripción y edición de estas fuentes, y de la revisión y traducción de las referencias latinas y griegas que aparecen en ellas), pero que además discuten dos grandes problemas históricos. Por un lado, las formas de recepción del pensamiento científico, su reelaboración en el lugar de destino (en este caso la Nueva España), y el hallazgo de genuinas ideas que constituyen una aportación novedosa al pensamiento de origen. Por el otro, la profunda crisis en torno a la autoridad de los antiguos que afectó a la medicina europea en el siglo XVI: mientras que la ortodoxia se negaba a rechazar las doctrinas respetadas por siglos, mas cuando se habían recuperado los corpus médicos clásicos “perdidos” durante el medievo, la observación clínica -promovida precisamente por el espíritu humanista-, los increpaba cuestionando las viejas verdades inscritas en ellos. Pero, como intuye el autor, “si los médicos del Siglo de Oro hubieran lanzado por la borda el sistema galénico ¿con qué se habrían quedado?” (p. 248).

Resta decir cuáles son las fuentes objeto de este rescate y bajo qué características se presentan. Los textos españoles, que datan del siglo XVI, son el *Libro de la melancolía* del médico andaluz Andrés Velásquez, editado en Sevilla en 1585, y un extracto de los *Diálogos de filosofía natural* publicado en Granada en 1558 y escrito por Pedro de Mercado, doctor en medicina por la Universidad de Granada de donde fue catedrático. Mientras que el primero se publica completo, del segundo se extrae el “Diálogo sexto, de la melancolía”, donde mediante una conversación entre un teólogo y un médico se intenta resolver la grave y difícil cuestión de si el temor y la tristeza del caballero Antonio es “caso de conciencia” o “enfermedad corporal”, como se verá mas adelante. Los dos están escritos en español por lo que podemos considerarlos libros dirigidos a un público amplio, aunque medianamente culto.

Los otros tres textos -también escritos en el idioma del Imperio- fueron publicados en la ciudad de México en 1592, 1595 y 1607. Se trata del *Tratado breve de medicina y de todas las enfermedades* de fray Agustín Farfán, de la *Suma y recopilación de cirugía* de Alonso López de Hinojosos, y la *Verdadera medicina, cirugía y astrología* de Juan de Barrios, de los cuales se recogen los capítulos dedicados a la melancolía. Aunque los tres autores fueron médicos, no todos tuvieron la misma formación. Fray Agustín

Farfán fue un médico sevillano que pasó a la Nueva España en 1557 donde obtuvo un doctorado en medicina por la Real y Pontificia Universidad de México. Tras enviudar decidió profesar de religioso agustino. A diferencia de él, Alonso López, quien naciera en los Hinojosos, cerca de Cuenca, se formó empíricamente junto a cirujanos experimentados, es decir, fuera de los claustros universitarios, aunque debió sostener un examen ante el protomedicato español para poder ejercer. Al igual que Farfán, cuando quedó viudo se inclinó por los hábitos, pero en su caso por los de la Compañía de Jesús. Juan de Barrios no sólo tuvo un derrotero distinto -proviene de una familia de médicos, debió regresar a España, su tierra de origen, después de ejercer en México-, sino que publicó una ambiciosa obra que se diferencia de las anteriores por la cantidad de fuentes que cita, y la amplitud con que trata el tema de la melancolía. Contrariamente al sentir común, estos libros no son meramente el reflejo de los conocimientos europeos sobre la materia, ya dijimos que en ellos Germán Franco ha encontrado "una invención genuinamente americana" para el tratamiento de la llamada "melancolía hipocondríaca", un tipo particular de melancolía cuya causa se encontraba en los trastornos intestinales (p. 214).

146

Si bien todos ellos se inscriben en un proceso mayor de circulación de textos sobre la melancolía en Europa dirigidos al público en general y ya no sólo a los médicos, la circunstancia de que el libro de Velásquez haya sido la primera monografía sobre la melancolía publicada en lengua vernácula, y que esta lengua fuera el español, le llevó a Roger Bartra a preguntarse por el papel de España y de la medicina española en el contexto occidental. El lector especialista encontrará en estos textos una veta para el estudio de la incipiente clínica de las enfermedades mentales.

Ante la imposibilidad de describir el contenido de cada uno de los textos que se editan, mencionaremos únicamente un aspecto de ellos para dar una idea del tipo de material que se rescató: las motivaciones que impulsaron a estos hombres a tomar la pluma.

El simple hecho de conocer las razones que condujeron a estos hombres a escribir sobre el humor melancólico plantea importantes problemas para los interesados en la historia cultural de ese siglo. Los autores de estos tratados médicos pusieron de manifiesto la importancia de la enfermedad objeto de sus estudios dada la incidencia de este mal, el cual afectaba por igual a hombres y mujeres de las más diversas condiciones socia-

les: ser “de tanta importancia para la salud y bien público” dice Velásquez; de manera más explícita añade Farfán: “cosa es de maravillar qué común sea esta enfermedad en muchos y cómo los aflige y atormenta con tan graves accidentes, que apenas tiene el hombre o la mujer veinte años cuando se quejan de melancolías y del corazón” (p. 409). Una evidencia de que sus palabras iban dirigidas a un público amplio se encuentra en los motivos que llevaron al agustino a escribir: “hallarán con facilidad los que no tienen botica los remedios, aunque estén apartados de pueblos grandes, porque esto es lo que me puso ánimo para trabajar en hacer esta segunda impresión”, aquélla donde añadía el capítulo de la melancolía (p. 410). Los médicos justificaron también la publicación de sus obras porque tras advertir el desconocimiento que la mayor parte de la población abrigaba respecto a las verdades establecidas por “los mejores autores antiguos y modernos”, errores que algunos de sus detractores se habían encargado de esparcir, se propusieron restituir esos antiguos saberes al lugar que les correspondía (Velásquez). Un móvil más, sin duda de mucho peso, fue aclarar la diferencia entre la melancolía, enfermedad del alma pero de origen natural y por ende, competencia de la medicina, y cualquier forma de posesión diabólica, la cual debía dejarse en manos de los exorcistas. Mercado lo dice muy bien en boca de quien no sabía exactamente qué mal le acometía:

147

Parece que Dios los ha juntado al señor Basilio [teólogo] y al señor Joancio [médico]. Y así se puede creer, pues ha más de quince días que no los puedo juntar para dar algún remedio a mi melancolía, que si lo pido al señor Basilio, hace la enfermedad corporal y remíteme a los médicos; si al señor Joancio, hácemela escrúpulos y caso de conciencia, y remíteme a los teólogos. (p. 374)

López de Hinojosos externó la misma preocupación al afirmar que los vapores intestinales que “suben a los pulmones y al cerebro dan terribles tristezas y son poderosos de tornar locos a los que lo padecen, y les parece que ven demonios” (p. 399), de ahí que fuera necesario aprender a distinguir el delirio provocado por factores orgánicos de la posesión diabólica.

La incidencia de la melancolía en las más diversas capas de la población, la discusión en torno a la autoridad de los antiguos y el auxilio que la medicina podía prestarle a la teología en la determinación de casos de locura, debates presentes simplemente en las motivaciones de estos médi-

cos, son una pequeña muestra de esa textura cultural a la que hacía referencia Roger Bartra para aprehender fenómenos tan dispares como los tratados en estos textos, y a los que sólo es posible acceder bajo una perspectiva tan interdisciplinaria como la de este libro que con seguridad dejará satisfechos, y al mismo tiempo inquietos, a historiadores de la medicina, antropólogos, estudiosos de las mentalidades o de la historia social.

Cristina Sacristán
Instituto de Investigaciones “Dr. José Ma. Luis Mora”.
Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad
Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.